

UNA VUELTA MUY LARGA

Victoria Lucila Cárdenas Aranda



13 años
Nacimiento
Tercer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

Ernesto Villalobos volvía al hogar familiar caminando por los senderos de tierra, rodeados de árboles, arbustos y cercos. Se escuchaban los lejanos gritos de las personas, el bullicio de los animales y una carreta que se alejaba cada vez más.

Silbando una melodía que casi había olvidado, siguió la curva del camino. De repente, sintió algo como una piedra impactando contra su muslo. Se sobresaltó, miró hacia abajo y observó a su alrededor buscando al responsable y el objeto lanzado. No halló ninguno. Intentó ignorar el incidente y continuó su marcha con un ligero mareo proveniente de la nada.

Allá estaba su casa de tejas y adobe. Le alegraba ver el lugar donde fue criado, pero que tendría que dejar en algún momento para formar otra familia. Al llegar, el mareo se había acrecentado, además de arderle la frente y sentir pequeños escalofríos recorriendo su cuerpo. Quiso distraerse conversando con su padre o jugando con sus hermanos menores. La temporada terminaba, algunos de los niños tendrían que volver a la escuela, los mayores se esforzarían más, pero no les importaba, ellos tenían que estudiar.

Poco antes de comer, su madre lo llamó preocupada, le tocó el rostro y lo cuestionó por su palidez, de la que no se había dado cuenta. Empezaba a sudar en frío, el mareo era más intenso y percibía un pitido. Le fallaban poco a poco las piernas, sus ojos ardían, así que optó por cerrarlos. Lo llamaban, escuchó que lo llamaban. Todo daba vueltas. Se hincó. Distintos ecos chocaban contra su cabeza. Negro, todo se volvió negro. El dolor de un golpe seco contra el suelo fue lo último que se hiló en sus pensamientos.

Rato después se encontraba recostado sobre una cama, cubierto de mantas y trapos húmedos.

Lanzó un quejido, le molestaban esos paños cuando se sentía entumido. Parpadeó un par de veces, solo podía balbucear y mover la punta de sus extremidades. Distinguía unas pocas luces y dos figuras a sus lados. Toscamente se intentó levantar cuando se acercaba una tercera figura. Las dos figuras lo retuvieron y empujaron contra la cama. Volvió a cerrar los ojos y perdió la conciencia.

Pasó media semana. Ernesto tenía ligeros momentos de lucidez. Sus familiares permanecían preocupados, atentos a cualquier mejoría o decaimiento. A la semana no tenían idea qué hacer, ya que habían intentado con distintas hierbas y remedios. Semana y media. A pesar de que nunca fue de esos muchachos enfermizos, seguía postrado, al menos ahora formaba cortas frases para expresarse y tenía un mejor color. Eso duró poco. Una ajetreada mañana volvió a recaer. Esto dejaba de ser un simple resfriado, algo más complejo lo aquejaba.

Un buen amigo se enteró del estado del joven y les sugirió llamar a un conocido suyo, Marcos, del cual se rumoreaba que curaba ciertos males, pero a cierto costo no muy barato. Los esposos poco a poco consideraron esa opción. Costaba lo mismo que recurrir un médico y era mucho más cercano. Buscaron al supuesto curandero.

Fue un viaje de medio día. Don Eugenio Villalobos, tal vez, tuvo suerte al encontrarlo en su casa. Conversaron un cuarto de hora y llegaron a un trato. Se iba con él a sanar a su hijo ese mismo día, pero por ser tan repentino le costaría un poco más. Aceptó dudoso la oferta. Otro medio día de viaje. Llegaron al anochecer. Le prepararon un lugar para dormir al invitado y comida para que al otro día pudiera trabajar.

A la mañana siguiente, entraba a la habitación del enfermo. Les ordenó a los familiares que se retiraran para iniciar. Ya todos estando fuera y Marta, la madre, escuchando a través de la puerta, el extraño destapó al joven y lo recostó boca abajo. Le quitó la camiseta y una a una fue contando sus vertebras. Después de eso murmuró un Ave María y le dio un estirón tan fuerte a su columna que la hizo tronar completamente. Lo vistió y volvió a tapanlo. Estaba hecho.

Al salir cobró el dinero que contó minuciosamente y pidió que lo fueran a dejar a una casa diferente esta vez, ya que tenía que tomar un tren. Un hermano lo fue a dejar y la familia que se quedaba permaneció aún más atenta que otros días a la mejoría del primogénito.

Cinco días pasaron lentamente, cinco días sin una mejoría. Al contrario, empeoró. Eugenio se sentía culpable, le había asegurado que en tres días estaría como nuevo y no pasaba nada. Él había traído a un desconocido a comer en su mesa, dormir en una de sus camas y sacarle el dinero de los bolsillos. A veces, se sentaba cerca de la cama de su hijo y lo observaba respirar débilmente, tan tranquilo.

Marta no se quedaría de brazos cruzados. No, señor. «Si mi marido se rinde, yo no», pensaba decidida recordando distintos ungüentos que su abuela le había enseñado a hacer de niña. No distinguía las recetas en el interior de su mente, pero sí un suceso parecido al de su hijo, solo que hace mucho que no se hacían brujerías por esos campos.

Necesitaba orina y agujas. Sin consultarle a nadie, si lo que iba a hacer era buena idea, buscó tres agujas para estar segura y esperó pacientemente a que su hijo quisiera orinar para dejarlo en una botella. Con los ingredientes solo debía depositar esos elementos de costura en el líquido y dejarlo frente a su casa. Cuando ya anochecía, la botella fue abandonada frente a su puerta y nadie, excepto ella, se dio cuenta.

Con la familia ya en pie, todos se quejaban de un fétido olor sin saber de dónde provenía. También durante el desayuno. Solo se dieron cuenta cuando los primeros que salían a hacer sus labores diarias encontraron el origen en la entrada del hogar. Doña Marta confesó que ella lo había hecho, recibiendo miradas de desaprobación y una reprimenda por parte de su pareja.

El olor tardó varios días en irse y al desaparecer este, Ernesto volvió a trabajar, alegre y vigoroso, como era normalmente. Se recuperó de manera tan misteriosa a cómo se enfermó: como por arte de magia.